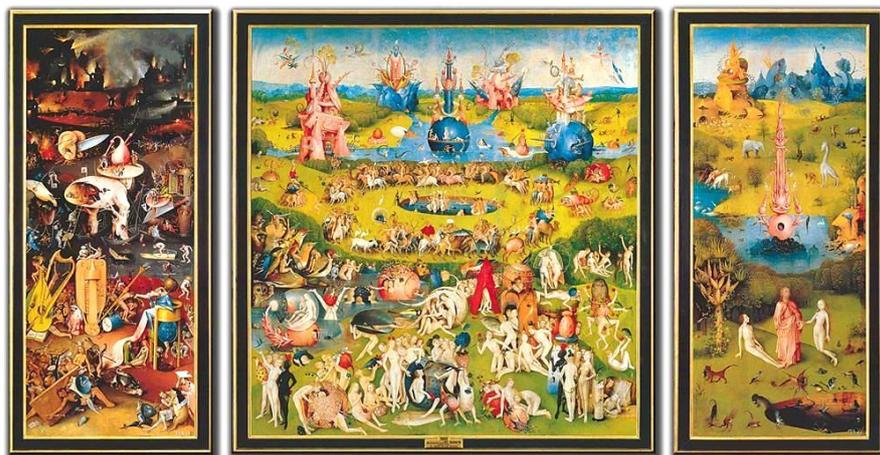


El día de ayer, el día de mañana...



En nuestro planeta han vivido 108.000 millones de “homo sapiens” como lo conocemos desde hace unos 50.000 años (Fuente: Populations Reference Bureau, cita, BBC).

*El Jardín de las Delicias, Jheronimus Bosch (el Bosco)*

Aludo a la obra del Bosco porque aparece hoy como una correcta interpretación del presente humano. Se observa un caos institucional que sería fácilmente objeto de la sátira moralista de este pintor que se anticipó al surrealismo y que en el aquí y ahora sería el mejor registro de nuestro acontecer. Las democracias naufragan en populismos; las instituciones se disgregan tironeadas por el individualismo hedónico y egoísta y son incapaces de transmitir valores de cooperación, solidaridad, lealtad, empatía. Se avecina un futuro (está presente) en que los gobiernos –por ley de mayorías- serán incapaces de administrar la complejidad social, porque las masas analfabetas o semianalfabetas uncirán los carros de los vencedores de las justas políticas. Para mí no es difícil advertirlo porque resido en Argentina, un país en camino de descenso y disolución. Y quienes duden sólo deben contemplar las últimas décadas para comprender el augurio. Europa y el mundo se precipitan al desastre. Contemplan las tasas diferenciales de reproducción entre etnias y descubrirán que más temprano que tarde el perfil sociocultural habrá cambiado totalmente. O descubran el fracaso de cualquier plan de control climático observando que en Asia se proponen triplicar la población. Lo que conlleva a mayor emisión de metano por los animales humanos o criados y comidos por humanos. Finalmente la alteración climática nos conduce a crisis de producción alimentaria. La próxima pandemia será de hambruna. Y de sed. Porque estamos agotando las reservas de agua dulce del planeta.

Mientras escribo en el ordenador escucho el concierto de Antonio Vivaldi, para fagot en E menor rv 484...

Comento esto sin interés autorreferencial, sino llevado por la idea de destacar el prodigio evolutivo que nos llevó desde las comunidades de subsistencia a la presente realidad de conectividad y universalización civilizatoria. Sólo para destacar el hecho de la sorprendente complicación del presente y la inquietante afirmación de científicos contemporáneos que afirman estamos creando una complejidad que acabaremos de no poder administrar con la inexorable consecuencia que ello acarrearía.

Este crecimiento en conocimientos y posibilidades parece no acompañarse hoy con una asunción de sensatez y responsabilidad. Parecería ser cierta la alegoría de la linterna y el círculo de luz: cuanto más se eleve la linterna mayor será la superficie iluminada ¡y en igual medida se incrementará la frontera de las sombras!

Del pasado enlistaría algunos seres encumbrados en un Olimpo de Gloria: Heráclito, Sócrates, Leonardo, Miguel Ángel, Newton, Darwin, Mozart, Beethoven, Einstein... Cada uno de nosotros podría hacer su propia lista de seres que fueron significantes para el género humano. Podríamos incluso intentar ser exhaustivos e intentar un listado de la totalidad de ellos. ¿Llegaríamos a 100.000, a 1.000.000? ¿Sobre 108.000.000.000? Una tasa baja de logros sobre intentos. Parecería que la vida es magnánima y no guarda miramientos en emplear recursos para lograr de vez en cuando, por aquí o allá, algún genio. Pero cuando se equivoca borra y comienza nuevamente.

El llamado “progreso” –como la propia evolución- es un camino con sobresaltos, tumbos, vueltas atrás y reinicios. En nuestros días es bastante evidente. Tal vez la generalización de un paradigma de la informática: que los procesos de ejecución se vuelvan cada vez más “amigables” se ha extendido y esté perjudicando uno de los términos que titula esta nota; el día de mañana. La permanente facilitación del uso de recursos está, a mi juicio, afectando la posibilidad de proyección. Todo se hace más fácil y sin esfuerzo. (Me refiero a las masas, pues hay sectores de altísima especialización que acceden a concepciones inimaginables. Por citar un ejemplo; el telescopio Weber que permitirá contemplar los confines del Universo (y el probable inicio del mismo). Mientras esto ocurre (y otros ingresan en el microcosmos de la genética y develan otros micro universos) la mayoría sólo se interesa por su bienestar inconsciente y sin sentido, atentos a una vida que se va virtualizando y construyendo en otro mundo paralelo. Buscando el sentido de la existencia no desde la experiencia sino desde el espectáculo. Hallarse en las redes, saberse reconocido por múltiples “likes” por quienes conocemos apenas o hemos perdido contacto. Más ocupados por mostrar a los demás con selfies que se está o estuvo en alguna parte perdiendo la posibilidad de vivir la experiencia, detenerse en el paisaje, o descubrir el modo individual que reciben las hojas de los diferentes árboles el mensaje de los vientos. La máxima monstruosidad: millones siguen y creen a un streamer porque tiene millones de seguidores. La magnitud ratifica la valía. Porque millones nunca abrieron un libro de lógica y comprendieron que es simplemente otra falacia que algo sea real porque muchos lo sostienen. Antes era cierta la creencia de la vida en un mundo plano sostenido por elefantes. (Hoy los terraplanistas lo sostienen. No lo de los elefantes, han dado un paso). Un mundo virtual de interconexión múltiple y escasa comunicación, de envases antes que contenidos es el paisaje de referencia.

Pero la realidad se impondrá de modo contundente y para el devenir no hay ni habrá refugios o santuarios. La inestabilidad climática arriba mencionada afectará sin dudas desde la portentosa urbe construida en el desierto que derrocha agua dulce en sus fuentes o por grifos de baños recubiertos de oro en hoteles de lujo; hasta la aldea de chozas de palos en algún rincón de África que apenas se sostiene en el infierno de la desertificación del día a día. Los esfuerzos por generar cambios climáticos positivos están condenados al fracaso si leemos simplemente proyecciones demográficas. Un país que tiene hoy 1.400 millones de personas se propuso triplicar su población. En veinte años tendrá más de 3.000 millones de personas cuyo alimento (los cerdos, por ejemplo, deberían triplicarse). Hoy mismo están comprometidos los suelos y acuíferos del mundo, ¿quién puede concebir que sea posible soportar el triple de la carga? Sí, en un mundo donde el agua dulce está en franca y permanente disminución y que hoy está llegando a su incapacidad de producir alimentos para sustentar la población del planeta.

En tanto las “fábricas de ilusiones” de las empresas de espectáculo y negocio con el ocio no cesan de adormecer consciencias. Han hecho protagonistas y héroes a todas las minorías sojuzgadas: Mujeres, adolescentes, homosexuales, lesbianas, y todas las

variedades “no caucásicas”. ¡Y ahora nos conducen al metaverso, un lugar donde no nos limitan en su virtualidad las categorías sociales y económicas y donde podremos elegir un mundo en que se oculten las diferencias reales y cada vez mayores entre dos condiciones que simplemente hoy denomino como “pudientes” y “podidos”! En el metaverso podremos ser lo que queramos. Una identidad que probablemente dure lo que nuestra posibilidad de pagarla.

¿Por qué inicié la nota con “El Jardín de las Delicias”? Fue en referencia a aquello que empecé comentando, los escasos seres humanos que destacaron entre los cientos de miles de millones que vivieron y murieron. Quienes tuvieron la chispa de la consciencia, la curiosidad permanente, ¡hasta la pregunta inquietante que sabemos no tiene respuesta y que hoy perdura!

El Bosco fue uno de tantos que vislumbró la realidad mísera detrás de la apariencia, reeditando la conocida “Alegoría de la Caverna”.

Convocarlo con sus inquietantes imágenes es un intento a reclamar el ayer, en esos días en que la vida discurría más lento. Cuando – por ejemplo- de pibes y por la tarde de algún sábado en horas de la siesta nos aburríamos sentados en el cordón de la vereda. ***Porque teníamos tiempo...***

¿Por qué no hablo del mañana? Vislumbro que Spengler y Toynbee tuvieron sabiduría cuando hablaron de la decadencia civilizatoria y del fin de los imperios. Estamos ante aquella escena anunciada por ellos (y una gran cantidad de autores de ciencia ficción que han sido en demasiadas ocasiones predictores exitosos como para desoírlos.)

La sociedad humana se enfrenta a una crisis que resulta conjetural que pueda hallar salida. Todas las instituciones se hallan en riesgo de disolución. En las diferentes organizaciones culturales descubrimos una sintomatología parecida: pérdida de significación de la normatividad social, anomia, incumplimiento de las funciones sociales para las cuales fueron creadas. Tal vez por pertenecer a un país en vías de pérdida de su viabilidad me resulta más sencillo advertirlo: las instituciones ya no son funcionales a su propósito. La justicia es un código de patrañas que favorecen al poder; la educación ha perdido su capacidad de potencialización y equiparación; la seguridad se ha convertido en contingencia, no existe castigo por faltas ni recompensa por merecimientos; la salud pública naufraga en sistemas diferenciales para acomodados o carenciados; la vivienda propia va dejando de ser parte de la ilusión como resultado del ahorro y el trabajo.

Por eso en esta nota me repito. En mi querida Escuela Normal de Profesores “Mariano Acosta” aprendí que la redundancia puede ser un modo de educar, en éste caso prevenir.

Tal vez por esto es que no menciono cuestiones del mañana...

***Porque no tenemos tiempo.***



Eduardo Arbace Baleani  
eduardobaleani@gmail.com